



ELIZABETH URIAN

*Las feos también  
los enamoran.*

*Family*

Camile no es guapa y lo sabe. Debido a su aspecto no lo ha tenido fácil para conseguir pretendientes, un hecho que siempre ha sobrellevado con estoicismo. Sin embargo, todos sus sueños de amor se cumplen cuando Garrett, comandante de la Royal Navy, se enamora profundamente de ella y comienzan a hacer planes para iniciar una vida en común. Meses más tarde, y debido a una contrariedad, Garrett rompe el compromiso y Camile, a duras penas, intenta retomar su vida.

Pero las circunstancias y el destino tienen otros planes para ella y no están dispuestos a permitirselo.

## Índice de contenido

Cubierta

Camile

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Sobre las autoras

# Agradecimientos

Esta novela corta nació en el foro del Rincón de la novela romántica fruto de nuestro propio entretenimiento. Una historia tierna que nos dejó con ganas de más.

Por ello, siempre tendremos presente a todas las foreras y visitantes que siguieron con entusiasmo su desarrollo y a aquellas que también nos ofrecieron su aportación en forma de comentario.

Tampoco queremos olvidar a las administradoras y colaboradoras que están detrás de este gran proyecto; las chicas del rincón y que hacen posible, junto con la editorial B de Books, la selección RNR.

A todos aquellos que habéis hecho que Camile esté hoy aquí... nuestro más sincero agradecimiento.

## 1

Surrey, 1869

«Querida Camile,

*Permíteme que empiece este escrito disculpándome por no haberte enviado ninguna carta en los últimos tiempos y aún más cuando tú las mandas religiosamente cada semana. Sé por mi hermana que has estado muy preocupada por mí, pero las cosas han estado algo revueltas en el Down.*

*También me excuso de antemano por el dolor y la aflicción que sé voy a causarte: en mi mente, he repasado millones de veces lo que quería decirte, pero no es fácil para mí plasmarlo en palabras. Sabes de sobra que no soy bueno en ese tipo de cosas y, aunque siempre has sido muy comprensiva en estos temas, desearía poder hacerlo con un poco más de elegancia, pero me temo que eso no será posible; al fin y al cabo, una mala noticia sigue siendo mala por mucho que se disfrace. He de admitir con culpabilidad que debería haber hablado claro hace mucho, pero la cobardía es una enfermedad que ataca por sorpresa: hace tiempo te hice una promesa que en estos momentos soy incapaz de honrar. Reconozco que era sincero cuando la hi-*

*ce, pero algo en mí ha ido cambiando y por fin soy capaz de ser franco, aunque te parta el alma: no puedo seguir adelante con nuestro compromiso, no puedo casarme contigo.*

*Como he dicho con anterioridad, y aunque ahora te cueste creerlo, en aquel momento te lo pedí de corazón, comprometido en cuerpo y alma. Sin embargo, mis sentimientos han ido cambiando, pues ahora la idea del matrimonio me oprime, me asfixia. Me considero un hombre honorable, por lo menos hasta ahora, por lo que debería seguir adelante con los planes, pero pienso que eso te causaría más dolor y haría de nosotros un matrimonio desgraciado. No te lo mereces, no quiero arrastrarte a eso y, aunque no lo creas, profeso por ti un franco aprecio.*

*Siento destruir tus planes de futuro, tus sueños, pero sé que con el tiempo comprenderás que fue la decisión más acertada. Es por eso que pongo fin a cualquier tipo de contacto entre nosotros. Te lo ruego, demos esto como acabado y no me escribas más.*

*Esto no lo hago solo por mí, lo hago por los dos.*

*Garrett Bishop»*

—¡Bah! —murmuró Camile con cierta aprensión en el pecho, mientras estrujaba la carta entre sus manos. La había leído docenas de veces, pero aun así no podía evitar sentir un doloroso pinchazo en el corazón cada vez que releía esas mezquinas palabras.

¿Cómo podía no ser así? Había perdido al que creía estar destinado a ser su compañero para toda la vida, el hombre que amaba, el hombre que había conseguido despertar su corazón.

Y ni siquiera había tenido la decencia de decírselo de frente.

Camile se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y trató de alisar el papel. No iba a deshacerse de él, no todavía. En especial, cuando el dolor era tan agudo y persistente. Aquella era la prueba de una traición y la guardaría hasta que pudiera retomar su vida.

«¿Será eso posible?», se preguntó entonces con angustia. ¿Habría un día en que pudiera mirar atrás y no sentir que su mundo se desmoronaba? Un día en que ya no se lamentara por la injusticia que significaba arrebatarle la única posibilidad decente de ser feliz y que ya no pensara que sus sueños se habían hecho añicos.

Daría lo que fuera porque aquello se hiciera realidad.

Miró la carta con aire crítico. Por mucho empeño que pusiera era imposible quitar las arrugas, así que decidió guardarla en el cajón del pequeño escritorio de su habitación y tratar de olvidarla aunque fuera por un instante.

Camile intentó contener otra oleada de lágrimas. Garrett Bishop no lo merecía. Para nada. Solo era el hombre más desalmado que había tenido la desgracia de conocer. Si lo pensaba con detenimiento había resultado ser peor que Ralph, pues al menos este último había sido transparente. En cambio, su antiguo prometido había jugado con ella de un modo inimaginable: entusiasmándola, cortejándola y haciendo que se enamorara de él para terminar robándole cualquier esperanza de futuro.

¿Acaso era necesario ser tan cruel e insidioso? Camile no sabía si era parte de su carácter —uno que no había descubierto hasta entonces— o lo había hecho para regodearse con alguno de sus amigos.

«¡Y qué más da!». El daño ya era profundo.

Desechando los pensamientos negativos que cruzaban por su mente —con asiduidad— y haciendo un esfuerzo por recuperar la serenidad, Camile se recompuso. Se alisó

la falda del vestido marrón y se echó un chal por encima al sentir un repentino ataque de frío.

Lo mejor era dejar el dolor atrás. Lástima que fuera más sencillo pensarlo que hacerlo.

Luego bajó las escaleras de madera y se reunió en el salón con sus padres, sentados junto a la chimenea. Ambos hacían una buena pareja con sus más de treinta años de matrimonio. Su vida tal vez resultaba monótona, a la vez que apacible, pero había sido su elección.

Su madre, serena y bondadosa, levantó la vista del bordado y vio la expresión de su hija.

Por mucho que tratara de fingir, no podía engañarla.

—¿Has estado leyendo la carta otra vez? —le preguntó con preocupación—. Eso te hace daño.

Su padre dejó a un lado el libro que leía y la miró con un aire inquisidor.

—¿Es cierto?

Camile suspiró con cierto cansancio.

—Sí —susurró, al tiempo que se sentaba en una butaca—, pero ya no lo voy a hacer más.

Vio a su madre fruncir los labios, nada convencida.

—¿Qué quieres decir?

—Es hora de cerrar este capítulo de mi vida —aseguró con más calma de la que sentía. Sabía que sus padres sufrían por la situación, por ella, pero Garrett la había engañado y no había nada que pudiera hacerse para remediarlo.

Cuando su padre, Brandon Fullerton, se enteró de la desagradable noticia, partió de inmediato rumbo a Londres para hablar con la hermana y el cuñado, pues no podía costearse un viaje a Malta. Había dejado atrás su habitual calma y se mostró ansioso y receloso en todo momento. Era normal que exigiera explicaciones: su hija era lo más importante de su vida.

Suzanne y Frederick Anderson fueron bastante comprensivos dada la situación y se mostraron dialogantes en todo momento. No buscaron excusas ni defendieron el



comportamiento de Garrett. Tampoco es que apoyaran su decisión. Sin embargo, no había nada que pudieran hacer para remediarlo. Garrett era un adulto, libre de tomar aquella resolución y solo intervendrían si la virtud de la muchacha había sido tomada.

Como eso nunca ocurrió y solo habían disfrutado de unos apasionados besos, el destino de Camile quedó marcado.

—Seamos realistas —continuó ella—. Tengo veintiséis años, sigo siendo soltera y las posibilidades de que algún día me case son cada vez más escasas. No me hago ilusiones en ese sentido, por lo que no puedo permitirme el lujo de sentarme a llorar por mis desgracias. Es obvio que Garrett no es lo que creíamos, pero no voy a permitir que eso me arruine la vida. A partir de hoy voy a intentar ser feliz con lo que tengo. Doy gracias por ello.

La señorita Camile Fullerton no fue nunca una muchacha hermosa. Ni siquiera podía considerársela bonita, por lo que desde su discreta presentación en sociedad había pasado inadvertida para los solteros, incluso para los más despreciables cazafortunas, pues su dote era más bien... limitada. Los más allegados afirmaban que su rostro poseía «personalidad» aunque ella sabía bien que era un eufemismo para no llamarla fea. Su rostro era demasiado pequeño y sus ojos demasiado saltones para el arquetipo de belleza que la sociedad victoriana consideraba hermoso. Por consiguiente, a nadie parecía importarle un bledo que fuera una muchacha cariñosa y de buen corazón. Eso lo dejaban para los pobres. Con bastante bochorno por su inexistente éxito, empezó a odiar las cenas y los bailes que se ofrecían hasta que conoció a Deirdre. Desde entonces, su mejor amiga. Ambas eran de edades similares y también carecía de belleza alguna, por lo que desde un principio sintieron que eran almas gemelas.

Sin embargo Camile, a la edad de veintiún años ya había recibido su primera oferta de matrimonio de la mano

del heredero de su padre. Como Benjamin Fullerton, un barón rural, no tenía más que una hija, a su muerte, el título pasaría al hijo de un primo suyo, Ralph Sloan, con el que apenas mantenían contacto. Camile lo encontró desde un primer momento de lo más odioso e insoportable, por lo que cuando le pidió que se casara con él para que todo quedara entre familia, lo tuvo muy claro: lo rechazó.

Sus padres pudieron haberse enfadado con ella por haber perdido, según se mirase, una buena oportunidad, pero eran de la misma opinión, por lo que el presunto caballero fue rechazado por partida doble. Desde entonces, no se le había acercado ningún hombre más... Hasta que llegó Garrett Bishop.

—Me alegro de que tomes esta sabia decisión. —Su padre pareció satisfecho.

—Es por eso que he decidido volver a Londres.

—¿Por qué? —quiso saber su madre—. ¿Es que no te tratamos bien?

—Mamá, sabes que no es eso. Aquí en el campo la vida es más sosegada y todo parece funcionar con más lentitud, justo lo que ahora no necesito.

—¿Entonces volverás con Deirdre?

—Sí, es lo mejor que puedo hacer.

Desde hacía muchos años pasaba largas temporadas en casa de su amiga. Era como una más en aquella gran familia y también la consideraba su hogar. Intentaba repartir su tiempo entre Londres y Surrey porque, aunque quería a sus padres, la vida junto a ellos le parecía, debía admitir, un tanto aburrida. Había poco que hacer aparte de dar largos paseos y relacionarse con los vecinos y, aunque en la ciudad las cosas tampoco eran tan diferentes, en la casa de la familia Doyle siempre había actividad debido a las frecuentes visitas de los hermanos y cuñadas de Deirdre.

—¿Y cuándo volveremos a verte?

—En poco tiempo, lo prometo.

—Podrías traer contigo a Deirdre —sugirió su madre un poco más animada—. Nos vendría bien organizar alguna cena con los amigos.

La familia Fullerton, aunque descendía de un gran linaje, se asentaba en la parte baja del escalafón por su modesto poder económico. Entre sus amistades se encontraban personas de otra clase distinta: los burgueses, entre los que había abogados, comerciantes y algún que otro terrateniente con su misma situación. A Camile no le importaba en absoluto, se sentía cómoda en su papel. Eran lo que eran y no necesitaba de un conde o un marqués para sentirse más a gusto. Que el padre de Deirdre fuera conde no era más que una casualidad, pues la querría lo mismo aunque fuera la hija de un lechero.

Vivir con ellos le había hecho conocer gente y experimentar situaciones que, con toda probabilidad, le hubiera sido imposible realizar si nunca hubiese salido de Surrey. Les estaba muy agradecida por esas vivencias, pero ella era una persona sencilla y no necesitaba de lujos para vivir. Eso lo demostraba el hecho de haberse enamorado de Garrett y soñar para ellos una vida tan idílica como la de sus padres, en la que el dinero no era lo más importante. Gracias a ello, su infancia había sido maravillosa.

—Te prometo que en mi próxima visita Deirdre vendrá conmigo. —Y acto seguido la señora Fullerton empezó a enumerar todo lo que había que preparar para la visita de la muchacha—. Le escribiré una carta y le informaré de mis planes —murmuró Camile, pero nadie pareció escucharle. Su padre volvía a estar inmerso en la lectura y su madre se levantó para hablar con la cocinera sobre nuevos platos con los que agasajar a la futura invitada.

## 2

—¡Camile! No sabes cuánto te he echado de menos.

Deirdre Doyle la abrazó con fuerza y le besó las mejillas con entusiasmo aun cuando Camile todavía no había tenido tiempo ni de quitarse el sombrero. Había estado esperando la llegada del carruaje desde hacía más de dos horas, impaciente por reencontrarse con su mejor amiga.

En este tiempo que habían estado separadas la había echado mucho de menos. Además, seguía preocupada por ella. ¿Cómo se hallaría su estado de ánimo?

—¡Deirdre!

—Deberías haberme dejado ir a hacerte compañía a casa de tus padres, habría podido ayudarte en tu desconsuelo —afirmó sin perder la alegría por el reencuentro—. A veces eres tan tozuda...

Camile sonrió. ¡Deirdre lo era mucho más que ella!

Iba a contestar, pero antes miró a su alrededor. El mayordomo ordenaba a los lacayos que se ocuparan del equipaje que había traído desde Surrey y Camile pensó que no quería hablar de su desdicha en medio del vestíbulo.

Bajó la voz hasta casi convertirla en un susurro.

—Lo siento, pero no creo que hubieras podido hacer nada.

Su semblante se entristeció durante unos segundos, antes de decirse a sí misma que no iba a dejarse vencer con tanta facilidad.

—Por lo menos habría estado a tu lado haciéndote compañía en vez de atormentarme en solitario —insistió la

otra—. He sufrido mucho por ti.

Camile sabía que su amiga lo decía de verdad. Ambas estaban muy unidas y la consideraba casi como una hermana.

—Te lo agradezco, de verdad —le aseguró—, pero ahora no quiero hablar de eso. —Hizo un gesto con la mano para acompañar sus palabras.

Deirdre se arrepintió de haber sacado aquel tema tan espinoso. Y eso que se había prometido no hacerlo.

—Oh, lo siento. No lo había pensado.

—No pasa nada —musitó Camile, al tiempo que cogía una de las manos de Deirdre y se la estrechaba. Fue un gesto reconfortante para ambas—. Ahora he vuelto y eso es lo que importa.

—¿Se puede saber qué hacéis las dos ahí paradas? —protestó Sharon, la madrastra de Deirdre, con una sonrisa pintada en sus labios—. Lo más seguro es que Camile quiera refrescarse un poco.

Su aparición fue recibida con agrado, pues no había nadie en esa familia a la que no quisiera. Los Doyle eran muy especiales para ella y la habían acogido como si se tratara de un miembro más.

—Lo que me vendría bien —dijo con todo el buen humor del que fue capaz— es una buena taza de té. —Quería hacer ver a todos que un compromiso roto no era el fin. Si se lo creían los demás, a lo mejor conseguía hacerlo ella.

Se quitó el dolmán y el sombrero con cintas rojas que hasta entonces llevaba puesto y se los entregó a la doncella que esperaba paciente en un rincón.

—Pasemos al salón.

Deirdre se colgó de su brazo y no la soltó hasta que las tres estuvieron instaladas cómodamente en los sofás de aquella acogedora estancia.

—¿Nos contarás cómo te encuentras o prefieres que charlemos de temas más mundanos? —preguntó, enton-

ces, con tiento—. Si quieres puedo relatarte el bochornoso incidente de Anne Bersk en Hyde Park.

Camile pareció interesada. No era cruel ni una persona que disfrutara de la vergüenza de los demás, pero aquella joven en particular había sido muy grosera con Deirdre y ella misma por su aspecto. La había pillado mofándose de su falta de belleza en un par de ocasiones, en el pasado. Y la dama había procurado no ser demasiado discreta.

Así que cualquier incidente que hubiera sufrido era demasiado jugoso como para pasarlo por alto.

—Cuenta —dijo intrigada.

—Tampoco es que sea gran cosa —le advirtió al ver el brillo en sus ojos.

—Si ha bastado para bajarle esos humos, para mí es suficiente.

Sharon prefirió no regañarlas porque sabía que aquella mujer se lo tenía merecido. No encontraba que fuera decente burlarse de alguien por su aspecto. Camile o su hijastra no serían agraciadas, pero tenían otras virtudes.

—Estábamos paseando por el parque —comenzó diciendo—. A poca distancia estaba Anne Bersk caminando con su flamante marido y con aquella pose tan soberbia que suele lucir.

—Sé lo que quieres decir —añadió Camile, cabeceando.

—Pues bien, apareció un perro salido de la nada y nadie le hizo mucho caso... hasta que pareció interesado en el dobladillo del vestido de Anne. Deberías haber estado ahí. Era como si lo encontrara de lo más apetitoso y comenzó a tirar de la tela. —Deirdre hizo una breve pausa y continuó por donde lo había dejado—. Ella empezó a chillar y a revolverse a un lado y al otro mientras su esposo trataba de deshacerse como podía de aquel perro con pinta de vagabundo. Otros caballeros se acercaron a ayudar. No sé. —Se encogió de hombros—. Supongo que el perro debió asustarse al ver tanta gente, porque de repente la soltó y Anne

perdió el equilibrio, para terminar cayendo de bruces al suelo.

—¡No puede ser!

—Te lo aseguro, de bruces al suelo.

—¿Tú lo presenciaste?

—Ajá —sonrió con picardía—. Y procuré hacerle saber, en nuestro siguiente encuentro, lo graciosa que aquella escena había sido y lo mucho que me había reído.

—¡Deirdre! —exclamó Camile con fingido horror—. Ese comportamiento no es propio de una dama.

Parecía que quería amonestarla, pero de pronto empezó a reír sonoramente.

Era la primera vez que lo hacía, tras lo acontecido con la carta de Garrett, así que se permitió disfrutar de aquella liberadora sensación. Por desgracia, el alivio que le causó la distracción no fue duradero y en su estómago volvió a instalarse aquel malestar que parecía decidido a seguirla a todas partes.

Deirdre, que la conocía bastante bien, se dio cuenta del cambio producido en su amiga.

—¿Garrett? —preguntó con franca preocupación, porque sabía que el silencio se debía a que Camile estaba pensando en él.

Esta asintió, aunque tardó unos segundos en contestar.

—No voy a engañaros, me siento tan dolida que a veces creo que el corazón se me romperá en mil pedazos. Pasará mucho tiempo antes de que me recupere... —dudó—, o quizás no lo haga nunca, pero ahora lo que necesito es no pensar más en ello.

Deirdre y su madrastra estuvieron de acuerdo.

—No había tenido la oportunidad de decirte cuánto siento lo sucedido —dijo esta última—. Solo quiero decirte que la familia entera te apoyamos y nos tienes aquí por si nos necesitas.

Y Camile estaba muy agradecida por esas palabras. Tener el respaldo de la familia Doyle y saber que podía contar